

VERDAD Y SEDUCCIÓN EN *EL GESTICULADOR*

Alejandra Herrera y Vida Valero*

La lectura actual de *El gesticulador* de Rodolfo Usigli, puesta en escena por primera vez en 1947, hace ya 52 años, parece afirmar que en México no ha habido grandes cambios. Los conflictos sociales planteados en esta obra son los mismos: diferencias universitarias entre estudiantes y autoridades; falta de reconocimiento ante el trabajo intelectual; condiciones precarias de los maestros en todos los niveles; corrupción generalizada desde los más bajos estratos hasta las elecciones de gobierno; asesinatos de candidatos que nunca se aclaran porque fueron planeados desde el mismo partido político, instalado en el poder desde hace décadas; búsqueda de identidad que necesita de la mirada extranjera para que se aclare el origen y el ser del mexicano; la hipocresía y el oportunismo como rasgos del carácter de este pueblo. Visto así, *El gesticulador* es un espejo que retrata de cuerpo entero a la sociedad mexicana y sus problemas. No en balde su estreno le costó al autor el veto por un año, ya que hería la susceptibilidad de los políticos mexicanos que obviamente se vieron reflejados en esa representación.

Sin embargo, esta obra no sólo es ese reflejo, sino quizá, el acierto magistral de Usigli sea el planteamiento de un problema humano ancestral, cuyas raíces surgen de la elección, en un momento dado, de decir la verdad, callarla o mentir. La verdad no sólo es un principio de la tradición judeo-cristiana, sino de las religiones en general, pero cuando este principio choca con la realidad, no se sabe cuáles

son los límites que diferencian a la verdad de la mentira, si la verdad es parcial o absoluta y hasta dónde y a qué consecuencias llevaría decirla. Si recordamos a Ernesto Sábato, la verdad casi nunca se puede decir, porque “[...] si no digo *todo*, absolutamente *todo*, estoy mintiendo. Pero decir *todo* es imposible [...] la realidad es infinita y además infinitamente matizada, y si me olvido de un solo matiz ya estoy mintiendo. Ahora, imagínese lo que es la realidad de los seres humanos con sus complicaciones y recovecos, contradicciones y además cambiantes. Porque cambia a cada instante que pasa, y lo que éramos hace un momento no lo somos más. ¿Somos, acaso, siempre la misma persona? ¿Tenemos, acaso, siempre los mismos sentimientos?” (*Sobre héroes y tumbas*, p. 174)

No obstante la contundencia de Sábato, para el ser humano, en una situación determinada, siempre implica un conflicto ético y moral callar o decir la verdad. Callar la verdad, desde luego, implica un grado de decir una mentira -mentira por omisión-. A estos conceptos deberán unirse los de “realidad” y “apariencia” porque lo que es real se apega a la verdad; mientras la apariencia, a la mentira. Aunque no se pueda conocer completamente la realidad porque el conocimiento humano siempre tiene límites, y de ahí su relación con la verdad parcial, el hombre se maneja en un mundo de realidades y apariencias, es decir, se puede tener una noción equivocada de la realidad dado que la percepción de ella no es correcta, sin embargo, estos mitos y apariencias, derivados de esa percepción, son necesarios para explicar parte del mundo y actuar dentro de él.

* Departamento de Humanidades, UAM-Azcapotzalco.

La verdad, en cuanto a los sentimientos de los hombres, es aún más difícil de aprehender y, por tanto, de decir, no sólo porque dichos sentimientos cambian constantemente, sino porque coexisten simultáneamente sensaciones opuestas, y por eso cuando se trata de expresarlas se recurre a menudo a las analogías, pero incluso así el significado se altera y lo diáfano de la palabra se convierte en un turbio balbuceo. Es tarea de la poesía y del arte expresar la condición humana con sus aciertos y desaciertos, virtudes y defectos que se debaten cotidianamente en el campo de las contradicciones. Pero el arte no es una ciencia, no se ocupa de expresar verdades ni leyes universales, simplemente es una forma expresiva de contenidos humanos.

Volviendo a la obra de Usigli, el mismo título es significativo porque según el *Diccionario* de Corominas “gesticular” es un derivado de “gesto” que significa actitud o movimiento del cuerpo; es un derivado de “gerere”: llevar, conducir, llevar a cabo (gestiones). También disposición o comportamiento general de una persona (actitud moral). En la Antigüedad parece ser que significaba hecho, obra, en este caso puede tratarse del plural latino *gesta* tan empleado en bajo latín para hechos realizados por alguien, y luego, historia de estos hechos (cantares de gesta). Un matiz moderno de “gesto” es la cara que se muda; gesto con visaje: “gesticulatio”. (Cf. vol. III, p. 146) En síntesis, puede afirmarse que el gesticulador es el que realiza hechos dignos de contarse y al mismo tiempo es el que hace gestos, el que muda, cambia de cara, el que aparenta y deja su verdadero ser para simular ser otro. De este modo el título es acertado porque en él se condensa el argumento de toda la obra.

Si nos detenemos en la noción de que el gesticulador es el que realiza acciones dignas de contarse, ésta se liga de inmediato a un rasgo fundamental de una de las partes de la tragedia, la fábula, pues según Aristóteles, no todo lo que ocurre merece ser reproducido o imitado por la literatura y el arte (Cf. *La poética*. C. 7). Lo que hace Usigli en *El gesticulador* es contar una historia cuya unidad se da en una acción completa que tiene un principio, un medio y un fin. Así, César Rubio, el prota-

gonista, regresa con su familia a su pueblo natal al norte de la república, después de ser profesor de historia, especialista en la Revolución mexicana, en la universidad de la capital, donde no ha tenido ningún tipo de éxito ni reconocimiento. Su intención es conseguir un puesto en la universidad de su estado, y para esto se propone recurrir a medios poco honestos. El azar, lo fortuito, otro elemento fundamental de la tragedia (Cf. *Ibid*, C. 9), hará que se encuentre con Bolton, profesor e investigador estadounidense, que anda tras el caso del General César Rubio, desaparecido héroe de la revolución, y que además de ser homónimo del protagonista nació el mismo día y en el mismo pueblo. El artificio dramático hará que César muera en condiciones similares a las del César revolucionario, ya que ambos asesinatos son fraguados por el mismo criminal.

Ahora bien, la acción sólo puede generarse por el pensamiento y el carácter de los personajes. La fábula de *El gesticulador* ocurre en el seno de una familia clase media baja. Elena, la madre, es la típica mujer de aquella época, sin un proyecto personal, pendiente de la familia. El hijo, Miguel, joven universitario dedicado a líder estudiantil, no a los estudios, busca sobre todas las cosas la verdad. Julia, la hija, se caracteriza por su amor al padre y por una profunda inseguridad: se siente fea y cree que si la familia tuviera dinero podría ser exitosa con los muchachos. Así, como en las novelas de Galdós, es más importante el qué dirán que la auténtica situación por la que atraviesa la familia. Baste escuchar las palabras de Miguel:

¡Pero si no es el ser pobres lo que les reprocho!
¡Si yo quería salir descalzo a jugar con los demás chicos! Es la apariencia, la mentira que me hace sentirme así. ¡Y, además, era cómico! ¡Era cómico porque no engañaban a nadie... ni a los invitados que iban a sentarse en sus propias sillas, a comer con sus propios cubiertos... ni al tendero que nos fiaba las mercancías! Todo el mundo lo sabía, y si no se reían de ustedes era porque ellos vivían igual y hacían lo mismo. ¡Pero era cómico! (*El gesticulador*, p. 22)

En este contexto, el protagonista se ve en la necesidad de suplantar al General Rubio. Las causas que

lo llevan a esta suplantación, léase mentira, son su frustración al no haber sido reconocido en el medio intelectual de la ciudad de México, lo que se traduce en la ya mencionada pobreza económica y esto a su vez en una amargura generalizada de los hijos, pues la imagen que tienen del padre es la del fracasado. Usigli va construyendo con estos componentes todo un artificio de simulación, de dobles discursos de los personajes donde se juega con la verdad y la mentira.

De este modo, si bien el azar presenta a César la posibilidad de suplantar al otro, es él mismo, quien sigilosamente decide hacerlo, para lo cual deja hablar a Bolton y le permite que encuentre la “verdad” que él quiere encontrar, el paradero del héroe revolucionario que desapareció misteriosamente:

César.- Ser, en apariencia, un hombre cualquiera... un hombre como usted... o como yo... un profesor de historia de la revolución, por ejemplo.

Bolton.- (Cayendo casi de espaldas.) ¿Usted?

César.- (Después de una pausa.) ¿Lo he afirmado así?

Bolton.- No... pero... (reaccionando bruscamente se levanta.) Comprendo. ¡Por eso es por lo que no ha querido usted publicar la verdad! (César lo mira sin contestar.) Eso lo explica todo, ¿verdad?

César.- (Mueve afirmativamente la cabeza. Con voz concentrada, con la vista fija en el espacio, sin ocuparse en Elena que lo mira intensamente desde el comedor.) Sí... lo explica todo. El hombre olvidado, traicionado, que ve que la revolución se ha vuelto una mentira, *pudo* decidirse a enseñar historia... la verdad de la historia de la revolución ¿no? (*Ibid.*, p. 53)

Poco a poco, empieza a fraguarse la mentira, que en este caso desembocará en todo un proceso de transfiguración, cuya base es la seducción que ejerce en Rubio la figura del héroe revolucionario. El primer objetivo de esa suplantación es una remuneración económica y el trato de que el “secreto” no será revelado por Bolton. Un rasgo relevante de la seducción es el secreto, lo que no puede ser dicho. A César no sólo lo atrae ser el General Rubio, sino la cualidad seductora del mismo secreto establecido entre él y Bolton, de ahí la doble seducción. Aun-

que sólo sea en secreto, por una sola vez en su vida César es reconocido, valorado como persona. Esa imagen, la de ser el otro, es la mentira que quedará oculta y al mismo tiempo le conferirá valor y dignidad a su mediocre existencia.

Sin embargo, este joven profesor, que desea encontrar “la verdad” no se conforma sólo con “saberla”, sino que rompe el pacto y la proclama porque quiere compensar los años de olvido en que ha vivido el supuesto héroe revolucionario; publicando así como verdadera la usurpación de personalidad del frustrado profesor de historia. Esta anécdota de oportunismo no sería significativa si Usigli no diera cuenta del lento proceso de transformación interno que se da en el personaje principal, pues si bien César parte de una mentira, las condiciones y sus propios anhelos, ya casi enterrados, harán que él se deje seducir por la personalidad de su homónimo, del mismo modo que a Narciso lo seduce su propia imagen reflejada en el agua.

La seducción, afirma Jean Baudrillard, se da cuando:

[...] la distancia entre lo real y su doble, la distorsión entre el Mismo y el Otro está abolida. Inclinado sobre su manantial Narciso apaga su sed: su imagen ya no es ‘otra’, es su propia superficie quien [*sic*] lo absorbe, quien [*sic*] lo seduce de tal modo que sólo puede acercarse sin pasar nunca más allá, pues ya no hay más allá, como tampoco hay distancia reflexiva entre Narciso y su imagen. El espejo del agua no es una superficie de reflexión, sino una superficie de absorción. (*De la seducción*, p. 67)

Lo que ocurre en el proceso de transformación de César es que la imagen del General Rubio, cuya vida y personalidad, como buen profesor e investigador de la Revolución, conoce el protagonista, lo absorbe de tal manera que rompe la distancia, el tránsito que se recorre entre el yo y su reflejo, a tal grado en que es superada y ya no se puede ser más que uno con el otro. Es así que el profesor de historia afirma: “[...] Empecé mintiendo, pero me he vuelto verdadero, sin saber cómo, y ahora soy cierto. Ahora conozco mi destino: sé que debo completar el destino de César Rubio.” (*El gesticulador*, p. 129)



La Virgen del Rosario (S. XVIII).

Para César es un desafío ser el General Rubio y realizar sus ideales, esto implica que acepta integrarse al juego de la seducción, cuyas reglas no son las de la ley natural y jurídica que cobijan a la sociedad, pues las transgrede al asumir la personalidad de otro, lo cual es un delito que la ley castiga. Cuando acepta las reglas de este juego, César ya está en un ámbito diferente al real, en el que el tiempo y el espacio son distintos porque pertenecen a las reglas de un nuevo orden que conllevan el desafío y el secreto en el que se sume. La regla del juego es arbitraria porque no tiene referente, a diferencia de las leyes jurídicas y éticas, no necesita fundamentarse en verdades, simplemente es. (Cf. *De la seducción*, p. 129)

De la misma manera en que se da el cambio interno se produce el cambio externo como puede verse en la acotación del autor:

(Entra César Rubio. En estas cuantas semanas se ha operado en él una transfiguración impresionante. Las agitaciones, los excesos de control nervioso, la fiebre de la ambición, la lucha contra el miedo, han dado a su rostro una nobleza serena y a su mirada una limpidez, una seguridad casi increíbles. Está pálido, un poco afilado, pero revestido de esa dignidad peculiar en el mestizo de categoría [...] Lleva en la mano un sombrero de los llamados tejanos, blanco, “cinco equis” que ostenta el águila de general de división.) (*El gesticulador*, pp. 113, 114)

¿Pero qué es lo que genera un mimetismo tan profundo entre los dos Césares? Podría aventurarse que los escrúpulos del profesor de historia no han muerto del todo, y así, no es capaz de gastar los \$10,000.00 dólares (el pago recibido de Bolton y su universidad) en mejorar el *modus vivendi* de su familia:

ELENA.- Tú, todo el tiempo. ¿Por qué no nos vamos de aquí? Los muchachos necesitan un cambio... un verdadero cambio. Vámonos, César... sé que tienes dinero suficiente... no me importa cuánto. Ahora que lo tienes ... es el guardarlo lo que te pone así.

CÉSAR.- ¿Tengo derecho a usarlo? Eso es lo me ha torturado. ¿Derecho a usarlo en mis hijos sin...? (*El gesticulador*, p. 67)

Así, el pragmatismo deja su lugar al resurgimiento de viejos principios, porque lo que ocurre es que el Gesticulador rescata sus propios valores políticos y éticos que coinciden con los del General Rubio, dándose de esta manera una verdadera fusión, pues el primero ha sido seducido por su imagen reflejada en el otro.

Por eso la seducción es un engaño, una ilusión, ya que una superficie no absorbe si el sujeto reflejado en ella no quiere ser absorbido, César se deja absorber porque esa apariencia rescata una parte de él ya casi olvidada, y al sentirse atraído por ese espejismo, la absorción es tal que incluso lo lleva a la muerte. Según Baudrillard: “[...] la seducción es un juego y un destino, de tal manera que los protagonistas son guiados hasta su fin ineludible, sin infringir la regla -pues están unidos por ella- y esa es la obligación fundamental: es necesario que el juego continúe, aun al precio de la muerte.” (*De la seducción*, p. 125)

El placer generado por la imagen reflejada de sí mismo es tan grande y misterioso que la realidad desaparece, muere como tal para dejar paso a la ilusión:

“CÉSAR.- Es que ya no hay mentira: fue necesaria al principio, para que de ella saliera la verdad. Pero ya me he vuelto verdadero, cierto, ¿entiendes? Ahora siento como si fuera el otro... haré todo lo que él hubiera podido hacer, y más. Ganaré el plebiscito... seré gobernador, seré presidente tal vez...” (*El gesticulador*, p. 136)

César Rubio, entonces, desconoce la realidad objetiva, porque en vez de tomar las precauciones para enfrentar un muy posible atentado, embriagado por su nueva imagen, desafía a Navarro, político oportunista y verdadero asesino del General Rubio, no para completar el destino que él cree que debía realizar éste, sino para repetir su inevitable fin, es decir, como un héroe trágico, asume de manera inconsciente el destino reflejado en el otro.

El Gesticulador sabe que la misma persona que asesinó a su homónimo es su adversario en las elecciones, pero descuida, minimiza la capacidad de traicionar y el poder de Navarro; como él se siente cierto y verdadero, las cosas en el exterior tendrán que ser igual de transparentes, así se cree poderoso e invulnerable e imagina someter la realidad a la ilusión proporcionada por la atracción de los ideales compartidos con la imagen en la que él cree reconocerse.

La mentira es asumida como verdad, la realidad entonces es suplantada por la ilusión de manera tal que los límites entre cada una han sido borrados por la seducción que ejerció en el profesor la imagen del héroe revolucionario: “La estrategia de la seducción es la de la ilusión.” (*De la seducción*, p. 69)

Pero la ilusión no es la realidad, sino una elaboración producida por la propia imagen ideal, es una esperanza, cuyo tiempo es el futuro que no tiene, por tanto, fundamento en el presente de lo real. Las ilusiones a veces, son delirios que, cuando son experimentados por una persona, hacen que ésta se sienta con el deber de salvar al mundo, de este modo, la realidad que antes se presentaba absurda



Santa Ana (S. XVII).

y sin sentido, ahora aparece llena de significaciones grandiosas. El sujeto cree tener definida su misión en el mundo. (Cf. Otto Fenichel, *Teoría psicoanalítica de las neurosis*, pp. 476, 477)

De esta manera, vemos a un César seguro, capaz de pasar las pruebas que convencen a los que dudan de su verdadera personalidad. (Cf. los diálogos entre César, Treviño, Guzmán, Estrella, Salinas y Garza. *El gesticulador*, pp. 77-105) La vida anodina, vacía y sin triunfos del pasado de César cambiará: ganar el plebiscito es un presente inmediato que lo conducirá sin duda (así lo ve él) a un futuro lleno de promesas en el que actuará de tal forma que no sólo su familia mejorará, sino también se dará a la grandiosa tarea de salvar a su pueblo, a su estado e

incluso al país de un partido corrupto anquilosado en el poder. Pero esta esperanza no tiene un fundamento racional, sino es una mera embriaguez de los sentidos que le ha producido la certeza de ser el otro: “Pero siento que el muerto no es César Rubio, sino yo, el que era yo... ¿entiendes? Todo aquel lastre, aquella inercia, aquel fracaso que era yo [...]” (*Ibid.*, pp. 137, 138)

El enfrentamiento entre César Rubio y Navarro por fin se realiza, las cartas se abren y son puestas sobre el tapete. Cada uno descubre al otro: Navarro a César como el impostor del General Rubio; César a Navarro como el asesino del General Rubio. Sin embargo, el Gesticulador no da un paso atrás, a pesar de las amenazas de su adversario irá al plebiscito, se siente protegido porque según afirma: “Es posible que acabes conmigo; pero acabarás contigo también.” (*Ibid.*, p. 130) Él supone que Navarro está dentro de su mismo juego, por eso más adelante reafirma ante la directa amenaza de muerte:

NAVARRO.- Puede costarte la vida.

CESAR.- Lo mismo que a ti. Es el precio de este juego. (*Ibid.*, p. 133)

A estas alturas ya no hay salida, es el precio de aceptar el desafío de una regla de juego que ya no puede soslayarse, y por eso le dice convencido a su mujer: “No podría dejar de ir [al plebiscito] más que muerto. Ahora todo está empezado y todo tiene que acabar. No puedo hacer nada más que seguir, Elena; soy el eje en la rueda.” (*Ibid.*, p. 137)

Como puede verse los límites de la realidad están abolidos y la lógica de la regla del juego regulará las acciones de César; no obstante Navarro simula estar en el mismo juego -pero no lo está-, por eso se protege y actúa conforme a la realidad, es decir, la corrupción que ha sido siempre aceptada por su partido político. De ahí que cuando se da el enfrentamiento entre ellos el desafío es a muerte, sólo que mientras César está inmerso en el centro de la espiral que corresponde al espacio de la seducción (*Cf. De la seducción*), el otro, Navarro, que también es un gesticulador, simula jugar bajo la misma regla, sin embargo su juego está fuera de la espiral, en un aquí

y un ahora desde donde ha planeado la muerte de su contrincante.

César no desconoce el campo en el que se mueve su adversario, sabe que la sociedad mexicana es la gran gesticuladora, la gran simuladora y por ello afirma:

[...] ¿Quién es cada uno en México? Donde quiera encuentras impostores, impersonadores, simuladores; asesinos disfrazados de héroes, burgueses disfrazados de líderes; ladrones disfrazados de diputados, ministros disfrazados de sabios, caciques disfrazados de demócratas, charlatanes disfrazados de licenciados, demagogos disfrazados de hombres. ¿Quién les pide cuentas? Todos son unos gesticuladores hipócritas (*El gesticulador*, p. 127)

Y esta descripción de la sociedad mexicana y sus políticos corresponde a lo que dice Baudrillard en cuanto a que “[...] es el dominio de un espacio *simulado* lo que está en el origen del poder, lo político no es una función o un espacio *real*, sino un modelo de simulación[...].” (*De la seducción*, p. 66)

Para Baudrillard poseer el secreto de que en el fondo de todo sólo existe un gran vacío es lo que confiere poder al político, y así se convierte en el gran simulador porque hace parecer como si él conociera el origen de las cosas y, por tanto, la solución a sus conflictos; de este modo, sabedor de que no hay nada, confunde a las masas porque afirma que existe lo que no existe. Esta mentira es lo que, de una u otra manera, da fe y confianza al pueblo, y el político gana porque se mantiene en el poder. (*Cf. Loc. Cit.*)

Esta concepción del poder no sólo está inscrita en el campo de la política gubernamental, sino también en la eclesiástica, y por eso en *La seducción*, el autor afirma: “Así el Papa, o el Gran Inquisidor, o los grandes Jesuitas o teólogos sabían que Dios no existía -ahí residía su secreto y su fuerza [...]” (*Cf. Loc. Cit.*)

En la obra de Usigli, su protagonista sabe que se juega con las creencias de las masas y no obstante sus buenas intenciones -porque ya se cree auténticamente ser el otro-, paradójicamente aprovecha la debilidad del pueblo para mostrarle a su adversario que el que va a ganar es él: “[...] Anda y

denúnciame. Anda y cuéntale al indio que la virgen de Guadalupe es una invención de la política española. Verás qué te dice. Soy el único César Rubio porque la gente lo quiere, lo cree así." (*El gesticulador*, p. 126)

Según Baudrillard hay dos formas de enfrentar el sinsentido de la realidad, del mundo: una es la simulación, que es un juego de poder cuya cara es el desencanto y otra es la seducción, ese estado extraordinario, encantado, que aun cuando pueda conducir a la muerte, hace que se perciba la verdad desnuda de una forma menos descarnada.

Mientras Navarro es un simulador, que se maneja en la sordidez de la política, el ya completamente seducido César vive en otro tiempo, porque según él mismo afirma el historiador ha muerto, para que en él reencarnen los valores e ideales revolucionarios del General; olvida que han pasado treinta años, que la Revolución ya no es la lucha por una utopía, sino que se ha institucionalizado. Su concepto de política lo ha manifestado antes del enfrentamiento con Navarro en este exaltado discurso:

La política lo relaciona a uno con todas las cosas originales, con todos los sistemas del movimiento, empezando por el de las estrellas. Se sabe la causa y el objeto de todo; pero se sabe a la vez que no puede uno revelarlos. Se conoce el precio del hombre. Y así el gran político viene a ser el latido, el corazón de las cosas [...] es el eje de la rueda; cuando se rompe o se corrompe, la rueda que es el pueblo, se hace pedazos; él separa todo lo que no serviría junto, liga todo lo que no podría existir separado. Al principio, este movimiento del pueblo que gira en torno a uno produce una sensación de vacío y de muerte; después descubre uno su función en ese movimiento, el ritmo de la rueda que no serviría sin eje, sin uno. Y se siente la única paz del poder, que es moverse y hacer mover a los demás a tiempo con el tiempo [...] (*Ibid.*, pp. 115, 116)

A pesar de que César tiene un conocimiento objetivo de lo que es la realidad política de este país (recuérdese el diálogo con Navarro en el que destapa la hipocresía y simulación de toda la sociedad mexicana), en este discurso pueden observarse rasgos de lo que según Baudrillard constituye la embria-

guez de la seducción. En estos momentos se siente poseedor del conocimiento de los orígenes y de todas las causas, incluyendo las del universo, reconoce que este conocimiento, igual que un secreto de iniciación, no puede ser revelado a los demás. También se advierten dos momentos del proceso de la seducción: uno semejante al vértigo producido por la poderosa imagen reflejada de él mismo, manifiesta en el apoyo de su pueblo; y otro cuando la megalomanía o soberbia le impiden ver sus propios límites, desconoce que la política es un tejido muy complejo, en el que intervienen intereses creados, compromisos adquiridos hace mucho tiempo, y se ve a sí mismo como el salvador, el hombre indispensable que cree que sin él el mundo se detiene.

El desenlace es obvio, pero paradójicamente sorprende al lector o al espectador, porque el genio de Usigli, así como si nada, lo va conduciendo a un espacio ficticio, que igual al de la seducción está regido por las reglas de ese juego, aparente y real, que es el de toda representación teatral; en el que la vida cotidiana queda suspendida para dar paso a un encuentro extraordinario: la posibilidad de develar a través de esa apariencia que es el arte, el misterio de las interrogantes que acechan al ser humano y su entorno.■

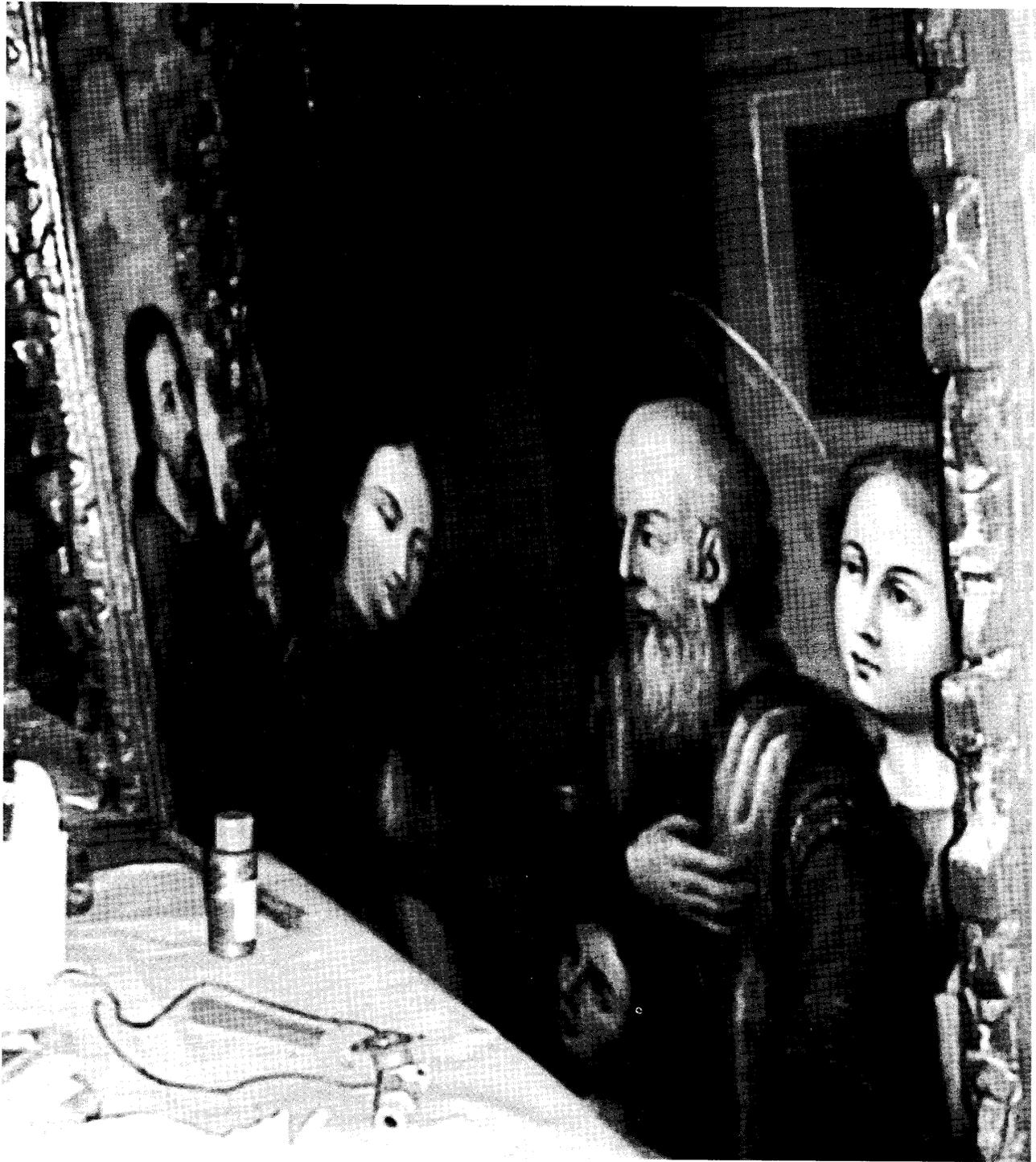
Bibliografía

Directa

- Baudrillard, Jean, *De la seducción*, Rei, México, 1990. 170 pp.
Usigli, Rodolfo, *El gesticulador*, Stylo, México, 1947. 303 pp.

Indirecta

- Aristóteles, *Poética*, Edición de Valentín García Yebra, Gredos, Madrid, 1974. (Biblioteca Románica Hispánica, IV. Textos, 8)
Fenichel, Otto, *Teoría psicoanalítica de las neurosis*, Paidós, México, 1994.
Sábato, Ernesto, *Sobre héroes y tumbas*, Seix-Barral, México, 1983.



La visitación: San José, la Virgen María, Santa Isabel, Zacarías, de Juan Correa.